

LAURA GALLEGO

OMNIA

— Todo lo que —
PUEDAS SOÑAR



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

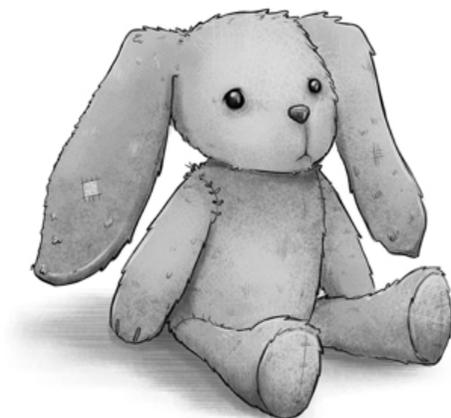
*Para Hilde, que conoce muy bien
la importancia de los peluches especiales*

Prólogo

Un peluche con historia

Trébol era un conejo de peluche que tenía más de treinta años. Había pertenecido a la madre de Claudia y se había convertido en su compañero inseparable mientras crecía. Luego la había seguido en todas sus mudanzas, y siempre se le había reservado un lugar de honor en la cabecera de la cama.

Después nació Claudia, y tuvo sus propios muñecos y peluches. Pero un día sus primeros pasos la condujeron hasta la habitación de sus padres, donde descubrió a Trébol; alargó la manita hacia él para agarrarlo por una de sus largas y despeluchadas orejas... y ya no lo soltó.



Ahora Claudia tenía cuatro años, y Trébol seguía siendo su muñeco preferido, con diferencia. Después de tanto tiempo, el pobre conejo había perdido parte del relleno y estaba repleto de remendones. Sus ojos habían saltado en varias ocasiones y, aunque su madre siempre los cosía de nuevo, el derecho había quedado un poco más bajo que el izquierdo, lo que le confería un cierto aire tristón. Las orejas estaban hechas una pena porque, cuando Claudia era más pequeña, acostumbraba a morder y chupetear las puntas incluso mientras dormía. Trébol había pasado por más lavados de los que podía contar, y era difícil que su cuerpecillo contrahecho pudiese soportar un solo recosido más.

Por descontado, Claudia tenía muchos más peluches, nuevos y algodonosos, la mayoría de ellos regalados por amigos o familiares bienintencionados que pretendían alejar a la niña de aquel conejo andrajoso. En definitiva, a la gente le costaba asumir que Claudia prefiriese a Trébol por encima de todos los demás.

A su hermano Nico, por ejemplo, le daba vergüenza que su hermana jugase con un peluche que parecía recién rescatado del contenedor de la esquina.

—Es asqueroso —se quejaba a quien quería escucharlo (por lo general, su amiga Mei Ling)—. Claudia no está bien de la cabeza.

—Ya se cansará de él —respondía Mei Ling sin concederle importancia—. No lo va a guardar hasta que se haga mayor, ¿verdad?

Nico le recordaba que, después de todo, su madre sí había conservado a Trébol durante toda su vida. Aunque trataba de imaginarse a aquel conejo con ochenta años y no lo conseguía. «En algún momento habrá que jubilarlo», pensaba cada vez que lo veía.

Por eso, cuando descubrió a Trébol en lo alto del montón de juguetes descartados de la limpieza navideña, se limitó a dejar escapar un suspiro de alivio y a murmurar: «¡Ya era hora!».

No se planteó la posibilidad de que Trébol hubiese ido a parar allí por error. Ni se imaginó que lo que iba a hacer a continuación lo llevaría a vivir la mayor aventura de su vida.

1

Un pequeño montón de muñecos

En casa de Nico y Claudia tenían por costumbre hacer una gran limpieza justo antes de Navidad. Se vaciaban armarios, cajones y estanterías y se separaba lo que se quería conservar de lo que no. Después, los trastos viejos se repartían en dos montones: lo que podía reciclarse de alguna forma y lo que iría a parar al contenedor de la basura porque no podía servir a nadie más. A los niños no les entusiasmaba la perspectiva de hacer limpieza, pero siempre se animaban un poco al pensar que estaban haciendo hueco para los regalos de Navidad.

Aquella tarde, Claudia había sacado todos sus muñecos del baúl para examinarlos uno por uno. La mayoría volvían a su sitio, pero otros terminaban en la montaña de los juguetes prescindibles.

—Es que ya estás un poco rota, Coletas —se justificaba Claudia, mientras hacía que Trébol le diese a la muñeca un abrazo de despedida—. Y ya sabes que a Trufa no le caes nada bien. Además...

Pero justo en ese momento la llamó su madre para mendar, y ella se levantó de un salto y soltó a Trébol y a Co-

letas sin prestar atención a lo que hacía. Salió corriendo de su cuarto y no se dio cuenta de que los dos, muñeca y peluche, habían aterrizado con suavidad sobre la pila de juguetes desechados.

Un rato más tarde, Claudia merendaba ya frente a la tele, y su madre llamó a Nico y le pidió:

—¿Puedes ir a ver si tu hermana ha acabado ya con los muñecos? Si es así, los metes todos en una bolsa y me los traes, ¿de acuerdo?

—¿Por qué? —protestó Nico—. ¡Que recoja ella sus cosas, yo ya tengo bastante con las mías!

—Nico, que no lo tenga que volver a repetir.

El chico fue a cumplir con el recado, refunfuñando y arrastrando los pies. Al pasar por delante de su propio cuarto comprobó que estaba completamente revuelto y que aún tenía mucho trabajo de limpieza por delante. La habitación de Claudia presentaba un aspecto similar, aunque ella había dejado ya un pequeño montón de muñecos sobre la alfombra. Nico reconoció a Trébol y murmuró: «¡Hombre, ya era hora!». Empezó a echarlos en una bolsa, pero, por alguna razón, dejó para el final el viejo conejo de peluche. Cuando por fin lo tuvo entre sus manos dudó un momento... pero luego se encogió de hombros y lo arrojó al interior de la bolsa para que hiciera compañía a Coletas y al resto de muñecos que Claudia desterraba de su vida para siempre.

Ella no lo echó en falta hasta que llegó la hora de ir a dormir. Entonces, al no encontrarlo sobre la cama, se puso a dar vueltas por su habitación, desconcertada y en pijama.

—Claudia, ¿qué pasa? —quiso saber su padre—. ¿Por qué no estás en la cama?

—No sé dónde está Trébol, papá... —se quejó ella.

—Pues seguramente estará donde lo dejaste, ¿no?

—Nooo..., que he buscado en el baúl y tampoco está...

—A ver, te ayudo a buscarlo.

Claudia y su padre vaciaron el baúl, se arrastraron bajo la cama y revolvieron en el armario, sin resultado. Finalmente, el padre se rascó la coronilla, pensativo.

—¿No te lo habrás dejado en el salón? —planteó.

—Que no, papá, que lo dejé aquí justo antes de merendar...

—Pues no sé..., le preguntaremos a mamá.

Momentos después, los tres habían iniciado una operación de búsqueda frenética, mientras Nico leía un cómic en su propio cuarto, sin prestar atención a nada más; pero pronto el llanto de su hermana interrumpió su lectura. Se levantó de la cama y se asomó para ver qué ocurría.

—Pero yo no puedo dormir sin él... —gimoteaba Claudia.

—Claro que sí, no pasa nada. Hoy puedes dormir con otro peluche y mañana buscaremos a Trébol con calma hasta que lo encontremos, ¿vale?

Trébol... De pronto, una lucecita se encendió en la mente de Nico.

—¿Estáis buscando al conejo de Claudia? Pero si ella misma lo echó al montón de juguetes que no quería...

Se calló al ver que su madre se ponía pálida. Su hermana dejó de llorar y los miró sin comprender.

—No, Trébol no estaba en el montón —replicó, secándose las lágrimas—. Allí eché a Coletas, a Minnie, al Señor

Narizotas y al Duende... Pero a Trébol, no. Yo quiero a Trébol.

Nico empezó a ponerse nervioso.

—Estaba en el montón de muñecos, os lo juro. Yo lo vi.

—Bueno, a ver, que no cunda el pánico —terció su padre—. ¿Qué ha pasado con esos muñecos, Nico? ¿Dónde están ahora?

—Nico, dime que no metiste a Trébol en la bolsa de juguetes para donar —intervino su madre, muy seria.

El chico vaciló.

—Pero tú me dijiste... —empezó.

—¡Nico! —interrumpió ella, furiosa—. ¿Me estás diciendo que has tirado a Trébol? ¿¡A Trébol!?

—¡Yo no fui! —se defendió él, también levantando la voz—. ¡Me dijiste que metiera los muñecos en la bolsa, y ese conejo estaba en el montón para donar! ¡Si Claudia lo quería, que no lo hubiese tirado!

—¡Yo no lo tiré! —protestó la niña.

—¡Podías haber preguntado primero! —seguía riñéndolo su madre.

—¡Yo solo hice lo que tú me dijiste!

—Mamá, mamá, saca a Trébol de la bolsa —pidió Claudia, angustiada, tirando de la manga de su madre—. Los otros muñecos no los quiero, pero a Trébol sí.

Pero ella sacudió la cabeza, respiró hondo para calmarse y respondió a media voz:

—La he llevado esta tarde a la parroquia, cielo. Pero no te preocupes; mañana iré a buscarlo, ¿vale?

Claudia empezó a llorar otra vez; mientras sus padres trataban de consolarla, Nico se escabulló de vuelta a su habi-

tación, resentido por haber recibido una regañina que consideraba que no merecía; sin embargo, por debajo de la rabia notaba un extraño y angustioso peso en el corazón.

«Pero ella dejó al conejo en el montón de juguetes para donar —se repetía a sí mismo—. No es culpa mía que ya no se acuerde. No es justo que mamá se haya enfadado conmigo por eso.»



2

Todo el mundo ha oído hablar de Omnia

Al día siguiente, en el colegio, Nico no le contó a Mei Ling que se había deshecho del querido peluche de su hermana pequeña. En parte porque aún esperaba que su madre consiguiera recuperarlo, pero también porque seguía molesto con su familia por hacerle responsable de su pérdida.

—Oye, estás muy callado hoy —le dijo Mei Ling en el primer recreo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es que Claudia no nos ha dejado dormir —respondió él, resentido.

A la niña le había costado mucho conciliar el sueño porque echaba de menos a Trébol.

Mei Ling se rió.

—¡Es lo que tiene tener una hermanita!

—Sí, es un poco pesada —murmuró Nico—. Y muy llorona.

Pasó el resto del día tratando de convencerse a sí mismo de que su madre recuperaría a Trébol sin mayores complicaciones y aquel pequeño drama acabaría por desinflarse hasta convertirse en una anécdota sin importancia.

Por la tarde, cuando su madre llegó a casa, Claudia salió disparada a recibirla:

—¿Dónde está Trébol? Mamá, mamá, ¿y Trébol? ¿No me traes a Trébol?

—Lo siento, cariño —empezó ella con delicadeza—. En la parroquia no estaba.

Claudia la miró con incredulidad.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Dónde está?

—Claudia, lo hemos perdido —trató de explicarle su madre—. No sabemos dónde está. Quizá se lo haya llevado otro niño.

Ella se quedó muy quieta, con los ojos muy abiertos, como si no pudiese concebir una vida sin su peluche. Y Nico casi pudo oír el chasquido de su pequeño corazón al partirse en dos.

Pero Claudia no lloró. Respiró hondo, miró a su familia muy seria y dijo:

—Habrá que poner carteles.

Así que recorrieron el barrio para empapelarlo con anuncios que mostraban la foto de Trébol.

Claudia estaba convencida de que el nuevo dueño de Trébol comprendería al ver los carteles que de ninguna manera podía quedarse un conejo que no era suyo. Nico y sus padres no le llevaron la contraria, aunque sabían que la realidad era muy distinta. La tarde anterior, cuando Claudia no podía oírlos, su madre les había confesado que, en realidad, en la parroquia habían tirado el peluche a la basura. Estaba demasiado viejo como para que pudiesen regalárselo a nadie.



—Pero no se lo digáis —les pidió—. Se sentirá mejor si piensa que Trébol está con otro niño.

—Para ella será como si ese otro niño se lo hubiese quitado, mamá —objetó Nico.

—Bueno, siempre es mejor que creer que lo han tirado a la basura, Nico —observó su padre.

Lo dijo con tono neutro, pero para él fue como una acusación. Aunque sus padres no habían vuelto a mencionar el tema, el chico sabía que su familia lo hacía responsable de

la pérdida de Trébol. Claudia, de hecho, estaba enfadada con él y no le dirigía la palabra si podía evitarlo.

Todo aquello irritaba a Nico. ¿Por qué montaban tanto escándalo por un simple peluche?

—Pues yo creo que tenemos que decirle que Trébol no va a volver —opinó—. Para que se vaya haciendo a la idea y lo supere de una vez. Porque si no, seguirá buscándolo hasta que lo encuentre.

—O hasta que se canse, Nico. Porque no lo va a encontrar —le recordó su madre.

Nico no respondió.

Un par de días después, Mei Ling le preguntó en un recreo:

—Oye, ¿qué ha pasado? ¿Tu hermana ha perdido su peluche?

—Has visto los anuncios, ¿no? —murmuró él, alicaído.

—Pues sí, la verdad; era difícil no verlos, porque los habéis pegado por todas partes.

Parecía algo desconcertada, y no era para menos; Nico sabía que a menudo se repartían carteles con fotos de perros o gatos perdidos, pero... ¿peluches? Los peluches no se escapaban de casa. Salvo en el caso de que algún niño estúpido los metiese en la bolsa equivocada, claro.

—Pero ha sido una buena idea —prosiguió Mei Ling, malinterpretando el gesto desconsolado de su amigo—, porque así seguro que lo encontraréis tarde o temprano.

Nico hundió la cara entre las manos, suspiró y por fin le contó que, en realidad, jamás encontrarían al pobre Trébol, porque él lo había metido en la bolsa de los juguetes reci-